

*Historia del descubrimiento
y conquista del Perú*

Historia del descubrimiento y conquista del Perú, con las cosas naturales que señaladamente allí se hallan, y los sucesos que ha habido. La cual escribía Agustín de Zárate, ejerciendo el cargo de contador general de cuentas por su majestad en aquella provincia y en la de Tierra Firme.

[Sello de imprenta]

En Anvers.
En casa de Martín Nuncio, a las dos Cigüeñas.
Año MDLV
Con Privilegio

Concede su majestad a Martín Nuncio que él solo pueda imprimir este libro, llamado *La historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*, por tiempo de cinco años, y veda a todos los otros impresores hacer lo mismo, so graves penas, como más claro parece en el original privilegio.

Subscripto

Facuwes

*A la majestad del rey de Inglaterra, príncipe nuestro señor,
Agustín de Zárate, contador de mercedes
de la majestad cesárea¹*

S.C.R.M.

Sirviendo yo el cargo de secretario en el Real Consejo de Castilla, donde había quince años que residía, en fin del año pasado de cuarenta y tres, me fue mandado por la majestad del emperador rey nuestro señor, y por los del su Consejo de las Indias, que fuese a las provincias del Perú y Tierra Firme a tomar cuenta a los oficiales de la Hacienda Real del cargo de sus oficios y a traer los alcances que della resultasen. Y así me embarqué en la flota donde fue proveído por visorrey del Perú Blasco Núñez Vela.

Llegados allá, vi tantas revueltas y novedades en aquella tierra, que me pareció cosa digna de ponerse por memoria, aunque, después de escrito lo de mi tiempo, conocí que no se podía bien entender si no se declaraban algunos presupuestos de donde aquello toma origen; y así, de grado en grado, fui subiendo hasta hallarme en el descubrimiento de la tierra, porque van los negocios tan dependientes unos de otros, que por cualquiera que falte no tienen los que se siguen la claridad necesaria, lo cual me compelió comenzar (como

¹ 1577: «Dedicatoria a la majestad...».

dicen) del Huevo Trojano. No pude en el Perú escribir ordenadamente esta relación (que no importara poco para su perfección), porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner en peligro de la vida con un maestre de campo de Gonzalo Pizarro, que amenazaba de matar a cualquiera que escribiese sus hechos, porque entendió que eran más dignos de la ley de olvido, que los atenienses llamaban amnistía, que no de memoria ni perpetuidad.

Necesitome a cesar allá en la escritura y a traer acá para acabarla los memoriales y diarios que pude haber, por medio de los cuales escribí una relación que no lleva la prolijidad y cumplimiento que requiere el nombre de historia, aunque no va tan breve ni sumaria que se pueda llamar «comentarios», mayormente yendo dividida por libros y capítulos, que es muy diferente de aquella manera de escribir. No me atreviera a emprender el un estilo ni el otro si no confiara en lo que dice Tulio, y después de él Cayo Plinio, que, aunque la poesía y la oratoria no tienen gracia sin mucha elocuencia, la historia, de cualquier manera que se escriba, deleita y agrada, porque por medio della se alcanzan a saber nuevos acontecimientos, a que los hombres tienen natural inclinación, y aun muchas veces se huelgan en oírlos contar a un rústico por palabras groseras y mal ordenadas. Y así, no siendo el estilo desta escritura tan pulido² como se requería, servirá de saberse por él la verdad del hecho, quedando licencia y aun facilidad a quien quisiere tomar este trabajo para escribir la historia de nuevo, con mejores palabras y orden, como vemos que aconteció muchas veces en las historias griegas y latinas, y aun en las de nuestros tiempos.

Lo que toca a la verdad, que es donde consiste el ánimo de la historia, he procurado que no se pueda enmendar, escribiendo las cosas naturales y accidentales que yo vi sin

² 1577: «elocuente», en lugar de «pulido».

ninguna falta ni disimulación, y tomando relación de lo que pasó en mi ausencia de personas fidedignas y no apasionadas, lo cual se halla con gran dificultad en aquella provincia, donde hay pocos que no estén más aficionados a una de las dos parcialidades de Pizarro o Almagro, que en Roma estuvieron por César o Pompeyo, o poco antes por Sila o Mario. Pues entre los vivos o los muertos que en el Perú vivieron, no se hallará quien no haya recibido buenas o malas obras de una de las dos cabezas o de los que dellas dependen. Si hubiere alguno que cuente diferentemente este negocio, será cuanto a la primera de las tres partes en que todas³ las historias se dividen, que es de los intentos o consejos, en lo cual no es cosa nueva diferir los historiadores; pero cuanto a las otras dos partes, que contienen hechos y sucesos, he trabajado lo que pude por no errar.

Cuando acabé esta relación salí de un error⁴, en que hasta entonces estuve, de culpar a los historiadores porque en acabando sus obras no las sacan a luz, creyendo yo que su pretensión era que el tiempo descubriese⁵ sus defectos, consumiendo los testigos del hecho. Pero ahora entiendo la razón que tienen para lo que hacen en esperar que se mueran las personas de quien tratan, y aun algunas veces les venía bien que pereciesen sus descendientes y linaje, porque en recontar cosas modernas hay peligro de hacer graves ofensas, y no hay esperanza de ganar algunas gracias, pues el que hizo cosa indebida, por livianamente que se toque, siempre quedará quejoso de haber sido el autor demasiado en la culpa de que le infama, y corto en la disculpa que él alega. Y por el contrario, el que merece ser alabado sobre alguna hazaña, por perfectamente que el historiador la cuente, nunca dejará de culparle de corto, porque no refirió más copiosamente su hecho hasta henchir un gran vo-

³ 1577: falta «todas».

⁴ 1577: salí de la opinión en que hasta entonces estuve.

⁵ 1577: encubriese.

lumen de solas sus alabanzas. De lo cual procede necesitarse el que escribe a traer pleito, o con el que reprende, por lo mucho que se alargó, o con el que alaba, por la brevedad de que usó. Y así sería muy sano consejo a los historiadores entretener sus historias, no solamente los nueve años que Horacio manda en otras cualesquier obras, pero aun noventa, para que los que proceden de los culpados tengan color de negar su descendencia, y los nietos de los virtuosos queden satisfechos con cualquier loor que vieren escrito dellos.

El temor deste peligro me había quitado el atrevimiento de publicar por ahora este libro, hasta que vuestra majestad me hizo a mí tanta merced, y a él tan gran favor, de leerle en el viaje y navegación que prósperamente hizo de La Coruña a Inglaterra, y recibirle por suyo y mandarme que le publicase e hiciese imprimir. Lo cual cumplí en llegando a esta villa de Amberes, los ratos que tuve desocupados de la labor de la moneda de su majestad, que es mi principal negocio. A vuestra majestad suplico reciba en servicio mi trabajo y tenga por suyo este libro, como lo es el autor de él, porque desta manera estará seguro de las murmuraciones que pocas veces faltan en semejantes obras. En lo cual recibiré señalada merced de vuestra majestad, cuya real persona Nuestro Señor guarde con acrecentamiento de más reinos y señoríos, como por sus criados es deseado.

De Amberes, a XXX de marzo. Año MDLV.

*Declaración de la dificultad que algunos tienen en averiguar
por dónde pudieron pasar al Perú las gentes
que primeramente lo poblaron*

La duda que suelen tener sobre averiguar por dónde podrían pasar a las provincias del Perú las gentes que desde los tiempos antiguos en ella habitan, parece que está satisfecha por una historia que recuenta el divino Platón algo sumariamente en el libro que intitula *Thimeo*, o *De natura*, y después muy a la larga y copiosamente en otro libro o diálogo que se sigue inmediatamente después del *Thimeo*, llamado *Atlántico*, donde trata una historia que los egipcios recontaban en loor de los atenienses. Los cuales dice[n] que fueron partes para vencer y desbaratar ciertos reyes y gran número de gentes de guerra, que vino por la mar desde una grande isla llamada Athlántica, que comenzaba después⁶ de las columnas de Hércules, la cual isla dice[n] que era mayor que toda Asia y África. Contenía diez reinos, los cuales dividió Neptuno entre diez hijos suyos, y al mayor, que se llamaba Athlas, dio el mayor y mejor.

Cuenta otras muchas y muy memorables cosas de las costumbres y riquezas desta isla, especialmente de un templo que estaba en la ciudad principal, las paredes y techumbres cubiertas con planchas de oro y plata y latón, y otras

⁶ 1577: desde las columnas.

muchas particularidades que serían largas para referir, y se pueden ver en el original, donde se tratan copiosamente; muchas de las cuales costumbres y ceremonias vemos que se guardan el día de hoy en la provincia del Perú. Desde esta isla se navegaba a otras islas grandes que estaban de la otra parte della, vecinas a la tierra continente, allende la cual se seguía el verdadero mar. Las palabras formales de Platón en el principio del *Thimeo* son estas: «Hablando Sócrates con los athenienses: “tiénese por cierto que vuestra ciudad resistió en los tiempos pasados a innumerable número de enemigos que, saliendo del mar Atlántico, habían tomado y ocupado casi toda Europa y Asia, porque entonces aquel estrecho era navegable, teniendo a la boca de él y casi a su puerta una ínsula que comenzaba desde cerca de las columnas de Hércules, que dicen haber sido mayor que Asia y África, y juntamente desde la cual había contratación y comercio a otras islas, y de aquellas islas se comunicaba con la tierra firme y continente que estaba frontero dellas, vecina del verdadero mar, y aquel mar se puede con razón llamar verdadero mar y aquella tierra se puede justamente llamar tierra firme y continente”». Hasta aquí Platón, aunque poco más abajo dice que nueve mil años antes que aquello se escribiese sucedió tan gran pujanza de aguas en la mar de aquel paraje que en un día y una noche anegó toda esta isla, hundiendo las tierras y gente, y que después aquel mar quedó con tantas ciénagas y bajíos que nunca más por ella habían podido navegar ni pasar a las otras islas ni a la tierra firme de que allí se hace mención.

Esta historia dicen todos los que escriben sobre Platón que fue cierta y verdadera, en tal manera que los más dellos, especialmente Marsilio Ficino y Plotino, no quieren admitir que tenga sentido alegórico, aunque algunos se lo dan, como lo refiere el mismo Marsilio en las *Anotaciones sobre el Thimeo*. Y no es argumento para ser fabuloso lo que allí dice de los nueve mil años porque, según Eudoxo, aquellos años se entendían según la cuenta de los egipcios, lunares y

no solares, por manera que eran nueve mil meses, que son setecientos y cincuenta años. También es casi demostración para creer lo desta isla saber que todos los historiadores y cosmógrafos antiguos y modernos llaman al mar que anegó esta isla Mathantico, reteniendo el nombre de cuando era tierra. Pues sobre propuesto⁷ de ser esta historia verdadera, ¿quién podrá negar que esta isla Athalántica comenzaba desde el estrecho de Gibraltar, o poco después de pasado Cáliz [*sic*], y llegaba y se extendía por ese gran golfo donde, así norte-sur como este-oeste⁸, tiene espacio para poder ser mayor que Asia y África?

Las islas que dice el texto que se contrataban desde allí parece claro que serían La Española, Cuba y San Juan y Jamaica, y las demás que están en aquella comarca. La tierra firme que se dice estar frontero destas islas consta por razón que era la misma Tierra Firme que ahora se llama así, y todas las otras⁹ provincias con quien es continente que, comenzando desde el estrecho de Magallanes, contienen corriendo hacia el norte la tierra del Perú y la provincia de Popayán y Castilla del Oro, y Veragua, Nicaragua, Guatemala, Nueva España, las siete ciudades, la Florida, los Bacallaos, y corre desde allí para el septentrión hasta juntarse con las Nueruegas, en lo cual sin ninguna duda hay mucha más tierra que en todo lo poblado del mundo que conocíamos antes que aquello se descubriese. Y no causa mucha dificultad en este negocio el no haber descubierto antes de ahora por los romanos ni por las otras naciones que en diversos tiempos ocuparon a España, porque es de creer que duraba la maleza de la mar para impedir la navegación, y yo lo he oído y lo creo, que comprendió el descubrimiento de aquellas partes, debajo de esta autoridad de Platón, y así aquella tierra se puede claramente llamar la tierra continente de

⁷ 1577: prosupuesto de ser historia verdadera.

⁸ En el original: «así Nortedur como Lestehueste».

⁹ 1577: falta «otras».

que trata Platón, pues cuadran¹⁰ en ella todas las señas que él da de la otra. Mayormente aquella en que dice que es vecina al verdadero mar, que es el que ahora¹¹ llamamos del Sur, pues por lo que de él se ha navegado hasta nuestros tiempos consta claro que en respecto de su anchura y grandeza, todo el mar Mediterráneo y lo sabido del océano, que llaman vulgarmente del Norte, son ríos.

Pues si todo esto es verdad, y concuerdan también las señas dello con las palabras de Platón, no sé por qué se tenga dificultad a entender que por esta vía hayan podido pasar al Perú muchas gentes, así desde esta grande isla Atlántica como desde las otras islas, para donde desde aquella isla se navegaba. Y aun desde la misma tierra firme podían pasar por tierra al Perú, y si en aquello había dificultad por la misma mar del Sur, pues es de creer que tenían noticia y uso de la navegación, aprendida del comercio que tenían con esta grande isla, donde dice el texto que tenían grande abundancia de navíos, y aun puertos hechos a mano para la conservación dellos donde faltaban naturales.

Esto es lo que se puede sacar por rastro cerca desta materia, que no es poco para cosa tan antigua y sin luz, mayormente teniendo respecto a que en el Perú no hay letras con que conservar la memoria de los hechos pasados, ni aun las pinturas que sirven por letras en la Nueva España, sino unas ciertas cuerdas de diversas colores, añudadas, de forma que por aquellos ñudos y por las distancias dellos se entienden, pero muy confusamente, como se declara más largo en la historia que yo tengo hecha en las cosas del Perú.

Puedo decir lo que Horacio en una carta:

—*Si quid nouisti rectius istis,
Candidus imperti, si non vis, utere mecum.*

¹⁰ 1577: quedarán.

¹¹ 1577: el que verdaderamente llamamos del Sur.

Cerca del descubrimiento desta nueva tierra, parece que le cuadra un dicho a manera de profecía que hace Séneca en la tragedia *Medea*, por estas palabras:

*Venient annis saecula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, nouosque typhis detegat orbes,
Atque ingens pateat tellus,
Nec sit terris vltima Thyle.*

La principal relación deste libro, quanto al descubrimiento de la tierra, se tomó de Rodrigo Lozano, vecino de Trujillo, que es en el Perú, y de otros que lo vieron.

[Libro primero]

Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus sec[u]aces, que en ella se rebelaron contra su majestad

CAPÍTULO I

*De la noticia que se tuvo del Perú,
y cómo se comenzó a descubrir*

En el año del nacimiento de nuestro señor Jesucristo de mil y quinientos y veinte y cinco años, tres vecinos de la ciudad de Panamá (que es puerto de la mar del Sur), en la provincia de Tierra Firme llamada Castilla del Oro, se juntaron en compañía universal de todas sus haciendas, que fueron don Francisco Pizarro, natural de la ciudad de Trujillo, y don Diego de Almagro, natural de la villa Malagón (cuyo linaje nunca se pudo bien averiguar, porque algunos dicen que fue echado a la puerta de la iglesia), y un clérigo llamado Hernando de Luque¹². Y como estos fuesen los

¹² En 1577 se varía significativamente esta oración de la siguiente manera: «don Diego de Almagro, natural de la villa Malagón (cuyo linaje nunca se pudo bien averiguar, porque algunos dicen que fue echado a la puerta de la iglesia), y que un clérigo llamado Hernando de Luque le crió».

más caudalosos de aquella tierra, pensando ser acrecentados y servir a su majestad del emperador don Carlos nuestro señor, propusieron descubrir por la mar del Sur la costa de levante de la Tierra Firme, hacia aquella parte que después se llamó Perú. Y tomando licencia don Francisco Pizarro de Pedro Arias de Ávila, que a la sazón gobernaba aquella tierra por su majestad, aderezó un navío con harta dificultad y se metió en él con ciento y catorce hombres; y descubrió una pequeña y pobre provincia, cincuenta leguas de Panamá, que se llama Perú, de donde después impropia mente toda la tierra que por aquella costa se descubrió por espacio de más de mil y doscientas leguas por luengo de costa se llamó Perú.

Y pasando adelante halló otra tierra que los españoles llamaron el Pueblo Quemado, donde los indios le daban tan continua guerra y le mataron tanta gente, que le fue forzado volverse malherido a la tierra de Chinchama, que era cerca de Panamá. Y en este medio tiempo don Diego de Almagro, que allí había quedado, hizo otro navío y en él se embarcó con setenta españoles y fue en busca de don Francisco Pizarro por la costa hasta el río, que llamó de San Juan, que era cien leguas de Panamá, y como no le halló, le¹³ tornó buscando hasta que por el rastro conoció haber estado en el Pueblo Quemado, donde desembarcó. Y como los indios quedaron victoriosos por haber echado de la tierra a don Francisco Pizarro, se le defendían animosamente y aun le hacían harto daño, hasta que un día los indios le entraron un fuerte donde se defendían, por descuido de aquellos a quien tocaba la defensa por aquella parte, y desbarataron los españoles, y a don Diego le quebraron un ojo y le trajeron a términos, que le fue forzado acogerse a la mar, y se volvió costearo hacia Tierra Firme.

Y llegando a Chinchama, halló allí a don Francisco Pizarro, y se vio con él, y juntando los ejércitos y enviando por más

¹³ 1577: «se», en lugar de «le».

gente, se rehicieron de hasta doscientos españoles, y tornaron a navegar la costa arriba en los dos navíos y en tres canoas que habían hecho. En la cual navegación pasaron muchos y muy grandes trabajos, porque toda la costa es anegada de los esteros de muchos ríos que en ella entran en la mar, con abundancia de lagartos, que los naturales llaman caimanes, que son unas bestias que se crían en las bocas de aquellos ríos, tan grandes que comúnmente tienen a veinte y a veinte y cinco pies de largo, y en sintiendo en el agua cualquiera persona o bestia, le muerden y llevan debajo del agua, donde le comen, y especialmente huelen mucho los perros. Salen a desovar en la arena, donde entierran gran cantidad de huevos, y los crían en seco, y ellos andan por la arena no muy ligeros, y después se acogen al agua; en lo cual, y en otras particularidades que en ellos se hallan, parecen muy semejantes a los cocodrilos del Nilo.

Y así mismo padecían mucha hambre porque no hallaban comida sino la fruta de unos árboles llamados mangles, de que hay abundancia en aquella ribera, que son muy recios y altos y derechos y, por criarse en el agua salada, la fruta es también salada y amarga. Pero la necesidad les hacía que se sustentasen con ella y con algún pescado que tomaban, y con marisco y cangrejos, porque en toda aquella costa no se cría maíz. Y así andaban remando en las canoas contra la gran corriente del mar, que siempre corre hacia el norte, y ellos iban al sur. Por toda la costa salían a ellos indios de guerra, dándoles gritas y llamándolos desterrados, y que tenían cabellos en las caras, y que eran criados del espuma de la mar, sin tener otro linaje, pues por ella habían venido, y que para qué andaban vagando el mundo, que debían ser grandes holgazanes, pues en ninguna parte paraban a labrar ni sembrar la tierra. Y por habérseles muerto a estos capitanes mucha gente, así de hambre como en las refriegas de los indios, se acordó que don Diego volviese a Panamá por gente, donde trajo ochenta hombres, y con ellos y con los que habían quedado vivos pudieron llegar

hasta la tierra que se llamaba Catamez, que era ya fuera de aquellos manglares. Tierra de mucha comida y medianamente poblada, donde todos los indios que salían de guerra traían sembradas las caras con clavos de oro en agujeros que para ello tenían hechos. Y por ser la tierra tan poblada, no pasaron adelante hasta que don Diego de Almagro tornó a Panamá por más gente; y entretanto se volvió don Francisco Pizarro a le esperar a una pequeña isla que estaba junto a la tierra, que llamaron la isla del Gallo, donde quedó padeciendo harta necesidad de todo lo necesario.

CAPÍTULO II

Cómo quedó don Francisco Pizarro aislado en la Gorgona, y cómo con la poca gente que tenía navegó pasando la línea equinoccial

Cuando don Diego de Almagro volvió a Panamá por socorro, halló que su majestad había proveído por gobernador della un caballero de Córdoba llamado Pedro de los Ríos, el cual le impidió la vuelta, porque los que quedaron con don Francisco Pizarro en la isla del Gallo le enviaron secretamente a pedir que no permitiese que fuese más gente a morir en aquella peligrosa jornada sin ningún provecho, como habían muerto los pasados, y a ellos les mandase volver. Por lo cual Pedro de los Ríos envió un teniente con su mandamiento para que todos los que quisiesen se pudiesen volver a Panamá libremente, sin que forzasen a ninguno a quedarse.

Pues como la gente supo este mandato, se embarcaron luego con gran alegría, como si escaparan de tierra de moros, de forma que solos doce hombres se quisieron quedar con don Francisco Pizarro, con los cuales, por ser tan pocos, no osó quedar allí, y se fue a una isla despoblada, seis leguas dentro en la mar, que por ser toda llena de fuentes y

arroyos la llamaron la Gorgona, donde se sostuvieron comiendo cangrejos, exaibas¹⁴ y grandes culebras, de que allí hay abundancia, hasta que el navío volvió de Panamá. Y en llegando sin traer más gente, salvo comida, se metió en él con solos sus doce compañeros, cuya constancia y virtud fue causa del descubrimiento de la tierra del Perú. Uno de los cuales se llamaba Nicolás de Ribera, natural de Olvera, y Pedro de Candía, natural de la isla de Candia, en Grecia, y Juan de Torre y Alonso Briceño, natural de Benavente, y Cristóbal de Peralta, natural de Baeza, y Alonso de Trujillo, natural de Trujillo, y Francisco de Cuéllar, natural de Cuéllar, y Alonso de Molina, natural de Úbeda. Y guiándolos un piloto llamado Bartolomé Ruiz, natural de Moguer, navegaron con harto trabajo y peligro contra la fuerza de los vientos y corrientes, hasta que llegaron a una provincia llamada Mostripe¹⁵, que está en medio de dos pueblos que los cristianos poblaron, y nombraron al uno Trujillo y al otro San Miguel.

Y no osando pasar adelante por la poca gente que tenía, a la vuelta, en el río que llaman de Puechos o de la Chira, tomó cierto ganado de las ovejas de la tierra y algunos indios que sirvieron de lenguas y, volviendo a la mar, hizo saltar en el puerto de Tumbez, de donde se trajo noticia de una casa muy principal que el señor del Perú allí tenía, con una población de indios ricos, que era una de las cosas señaladas del Perú hasta que los indios de la isla de la Puna lo destruyeron, como adelante se dirá, y allí se quedaron tres españoles huidos, que después se supo haber sido muertos por los indios. Y con esta noticia se tornó a Panamá, habiendo andado tres años en el descubrimiento, padeciendo grandes trabajos y peligros, así con la falta de comida como con las guerras y resistencia de los indios y con los

¹⁴ 1555: exaiuas; 1577: exayuas.

¹⁵ 1577: Motupe.

motines que entre su mesma gente había, desconfiando los más dellos de poder hallar cosa de provecho. Lo cual todo apaciguaba y proveía don Francisco con mucha prudencia y buen ánimo, confiado en la gran diligencia con que don Diego de Almagro le iría siempre proveyendo de mantenimientos y gente y caballos y armas. De manera que con ser los más ricos de la tierra no solamente quedaron pobres, pero adeudados en mucha suma.

CAPÍTULO III

De cómo don Francisco Pizarro vino a España a dar noticia a su majestad del descubrimiento del Perú, y de algunas costumbres de los naturales de él

Hecho el descubrimiento (como arriba está dicho), don Francisco Pizarro se vino a España y dio noticia a su majestad de todo lo acaecido, y le suplicó que en remuneración de sus trabajos le hiciese merced de la gobernación de aquella tierra, que él quería tornar a descubrir y poblar. Lo cual su majestad hizo, capitulando con él lo que se acostumbraba con los otros capitanes a quien se había encomendado el descubrimiento de otras provincias. Y con tanto se volvió a Panamá, llevando consigo a Hernando Pizarro, y a Juan Pizarro, y a Gonzalo Pizarro, y a Francisco Mint¹⁶ de Alcántara, sus hermanos, entre los cuales solos Hernando Pizarro y Juan Pizarro eran legítimos y hermanos de padre y madre, hijos de Gonzalo Pizarro el Largo, vecino de Trujillo, que fue capitán de infantería en el reino de Navarra. Don Francisco era su hijo natural y Gonzalo Pizarro lo mismo, aunque de diferentes madres, y Francisco Martín era hermano de don Francisco de madre solamen-

¹⁶ 1577: Martín.

te. Y demás destos llevó consigo otra mucha gente para el descubrimiento, que los más dellos eran naturales de Trujillo y Cáceres y de otros lugares de Extremadura.

Y así, llegado a Panamá, comenzaron a aderezar las cosas necesarias para el descubrimiento, debajo de la misma compañía, caso que hubo algunas disensiones entre don Francisco y don Diego, porque había sentido mucho don Diego que don Francisco hubiese negociado en España con su majestad todo lo que a él tocaba, trayendo título de gobernador y adelantado mayor del Perú, sin hacer mención de cosa que a él tocase, comoquier que en todos los trabajos y costas del descubrimiento había puesto la mayor parte. De todo esto le consoló don Francisco, diciendo que su majestad no había sido servido por entonces de darle para él cosa ninguna, caso que se lo había pedido, pero que él le prometía y daba palabra de renunciar en él el adelantamiento, y le enviaría a suplicar que le pasase en él. Y con esto quedó algo satisfecho don Diego. Y así los dejaremos poniendo en orden la armada y las otras cosas necesarias al descubrimiento, por contar el sitio de la provincia del Perú y las cosas señaladas y costumbres de las gentes.

CAPÍTULO IV

*De la gente que habita debajo de la línea equinoccial,
y otras cosas señaladas que allí hay*

La tierra del Perú, de que se ha de tratar en esta historia, comienza desde la línea equinoccial adelante hacia el mediodía. La gente que habita debajo de la línea y en las faldas della tienen los gestos ajudiados, hablan de papo como moros, son dados al pecado nefando, a cuya causa maltratan sus mujeres y hacen poco caso dellas, y andan trasquiladas sin otra vestidura más que unos pequeños refajos con que

cubren sus vergüenzas. Y ellas siembran y amasan y muelen el pan¹⁷ que en toda aquella provincia se come, que en la lengua de las islas se llama maíz, aunque en la del Perú se llama zara. Los hombres traen unas camisas cortas hasta el ombligo y sus vergüenzas de fuera. Hácense las coronas casi a manera de frailes, aunque adelante ni atrás no traen ningún cabello, sino a los lados. Précianse de traer muchas joyas de oro en las orejas y en las narices, mayormente esmeraldas que se hallan solamente en aquel paraje. Aunque los indios no han querido mostrar los veneros dellas, créese que nacen allí, porque se han hallado algunas mezcladas y pegadas con guijarros, que es señal de hacerse¹⁸ dellos. Átanse los brazos y piernas con muchas vueltas de cuentas de oro y de plata, y de turquesas menudas, y de contezuelas blancas y coloradas, y caracoles, sin consentir traer a las mujeres ninguna cosa destas.

Es tierra muy caliente y enferma, especialmente de unas verrugas muy enconadas que nacen en el rostro y otros miembros que tienen muy hondas las raíces, de peor calidad que las bubas. Tienen en esta provincia las puertas de los templos hacia el oriente, tapadas con unos paramentos de algodón, y en cada templo hay dos figuras de bulto de cabrones negros, ante las cuales siempre queman leña de árboles que huelen muy bien, que allí se crían, y en rompiéndoles la corteza, destila dellos un licor cuyo olor trasciende tanto que da fastidio, y si con él untan algún cuerpo muerto y se lo echan por la garganta, jamás se corrompe. También hay en los templos figuras de grandes sierpes en que adoran y, demás de los generales, tenía cada uno otros

¹⁷ Parte de la oración anterior desaparece en 1577, donde leemos: «La gente que habita debajo de la línea y en las faldas della tienen los gestos ajudiados, hablan de papo, andaban tresquilados y sin vestidos, más que unos pequeños refajos con que cubrían sus vergüenzas. Y las indias siembran y amasan y muelen el pan...».

¹⁸ 1577: cuajarse.

particulares, según su trato y oficio, en que adoraban: los pescadores en figuras de tiburones y los cazadores según la caza ejercitaban, y así todos los demás. Y en algunos templos, especialmente en los pueblos que llaman de Pasao, en todos los pilares dellos tenían hombres y niños crucificados los cuerpos, o los cueros tan bien curados que no olían mal, y clavadas muchas cabezas de indios, que con cierto cocimiento las consumen hasta quedar como un puño.

La tierra es muy seca, aunque llueve a menudo; es de pocas aguas dulces que corren, y todos beben de pozos o de aguas rebalsadas que llaman [j]agüeyes. Hacen las casas de unas gruesas cañas que allí se crían, el oro que allí nace es de baja ley, hay pocas frutas, navegan la mar con canoas falcadas, que son cavadas en troncos de árboles, y con balsas. Es costa de gran pesquería y muchas ballenas. En unos pueblos desta provincia, que llamaban Caraque, tenían sobre las puertas de los templos unas figuras de hombres con una vestidura de la mesma hechura de almática de diácono.

CAPÍTULO V

*De los veneros de pez que hay en la punta de S[an]ta Helena,
y de los gigantes que allí hubo*

Cerca desta provincia, en una punta que los españoles llamaron de S[an]ta Helena, que se mete en la mar, hay ciertos veneros donde mana un betún que parece pez o alquitrán, y suple por ello. Junto a esta punta dicen los indios de la tierra que habitaron unos gigantes, cuya estatura era tan grande como cuatro estados de un hombre mediano. No declaran de qué parte vinieron, manteníanse de las mesmas viandas de los indios, especialmente pescado, porque eran grandes pescadores, a lo cual iban en balsas, cada uno en la suya, porque no podía llevar más, con navegar tres caballos en una balsa; apeaban la mar en dos brazas y